La página anterior al mapa

Por Shyvirelle

Cuando el coleccionista llevó el atlas al taller, Teresa vio que la nota de la cubierta señalaba una página que no existía.

El libro se titulaba Inventario de calles y casas del distrito de Ronda Baja. Era una edición de principios del siglo pasado, impresa en una ciudad que ahora tenía avenidas donde antes hubo patios. Los cantos estaban amarillentos, las tapas se abrían con dificultad y una cinta de hilo claro asomaba entre los pliegos. Sobre la cubierta, el coleccionista había pegado una nota: «Revisar mapa posterior a la página 32».

—Solo quiero que vuelva a cerrar bien —dijo el hombre, que se presentó como Basilio Roldán—. Es una pieza de exposición. No deseo una discusión histórica.

Teresa no prometía restauraciones a ciegas. Antes de tocar una encuadernación, hacía un registro del estado en que llegaba: fotografías de lomo y guardas, numeración, costuras, roturas. Pidió permiso para observar el mapa desplegado. Basilio aceptó con la impaciencia de quien firma un trámite innecesario.

Entre las páginas 30 y 33 había un plano plegado. La ilustración mostraba una plaza rectangular y, al norte, una sucesión de viviendas sin salida posterior. En el margen inferior se leía «Lámina VI». A simple vista parecía un mapa antiguo, salvo por un detalle: el índice del propio libro reservaba la lámina VI para el capítulo final, después de la página 96. En ese lugar, antes de la 33, debía encontrarse la lámina II.

—¿Se habían equivocado al imprimirlo? —preguntó Teresa.

—Los impresores también cometían errores —respondió Basilio—. Precisamente por eso no conviene sacar conclusiones.

Se marchó dejando una tarjeta y el encargo firmado. Una hora más tarde llegó Nora, investigadora de la asociación vecinal, que llevaba meses tratando de reconstruir el origen de una casa conocida como La Casa del Pasaje. No venía a pedir acceso secreto al libro. Basilio había anunciado públicamente que lo exhibiría como prueba de que la calle del Pasaje de la Higuera nunca existió; Nora quería saber si esa afirmación podía sostenerse.

—Tengo recibos de reparaciones con esa dirección —explicó—. Y una fotografía de la puerta. Él dice que el nombre era una costumbre, no una calle.

Teresa le mostró únicamente las fotografías de registro permitidas por el dueño, sin prestarle la pieza ni presentar una sospecha como una certeza. La investigadora reconoció la plaza en el mapa y frunció el ceño.

—La casa está aquí, pero no hay paso junto a ella.

—Y el mapa está donde el índice dice que debería haber otro —contestó Teresa—. Aún no sé por qué.

A la mañana siguiente trabajó con una lámpara rasante y una lupa. La costura vieja era de hilo pardo y atravesaba el centro de los cuadernillos. Alrededor del mapa había, en cambio, dos puntadas claras que cruzaban una tira de papel reciente. No parecían parte de la impresión

original. Una restauración anterior había incorporado la lámina mediante una bisagra de papel. Un hilo más nuevo había vuelto a coser el conjunto y ocultaba el borde del cuadernillo antiguo.

Teresa no deshizo los hilos. Podía ver suficiente si abría el libro solo hasta el ángulo seguro y alumbraba desde un costado. Allí, junto al lomo, había una franja estrecha de papel cortado: el resto de la hoja que debió llevar las páginas 31 y 32. En su borde se distinguían líneas de tinta y la parte inferior de una palabra. La hoja no se había soltado por accidente; alguien la había recortado demasiado cerca del pliegue.

La página 30 terminaba con una frase interrumpida: «La propiedad común se extendía hasta el…». Debajo aparecía una palabra diminuta, impresa por el taller como guía de continuidad: «pasaje». No era el inicio de la lámina VI. Era un reclamo que anunciaba la primera palabra de la página siguiente, precisamente la que faltaba.

Teresa consultó el índice y anotó las correspondencias en una hoja de trabajo. Una firma de cuadernillo, la pequeña letra que ayudaba a ordenar los pliegos antes de coserlos, aparecía dos hojas después de la página cortada. La sucesión era regular en el resto del volumen. Solo allí había sido interrumpida. No tenía por qué desmontar el atlas para reconstruirla.

Le pidió a Basilio que volviera al taller.

—En una reparación se insertó una lámina que no corresponde a esta posición —explicó, colocando sus fotografías sobre la mesa—. Y falta la hoja anterior. Necesito saber si existe documentación de esa intervención.

Basilio examinó la ampliación del hilo claro.

—Compré el volumen restaurado.

—No afirmo quién lo hizo. Pero la fecha de la reparación nos importa para describir el libro con honestidad.

El coleccionista ofreció una sonrisa breve y recogió su tarjeta como si fuera un objeto olvidado. No contestó. Esa tarde envió un correo pidiendo que Teresa se limitara a ajustar la tapa.

Nora regresó con dos documentos que podían consultarse sin comprometer el atlas: una fotografía de 1910 en cuyo reverso figuraba «Pasaje de la Higuera, casa común», y un inventario de la antigua sociedad de lavanderas, depositado años antes en el archivo del barrio. El inventario incluía una referencia al número 8 y al acceso por el pasaje. Aquello no demostraba, por sí solo, la situación jurídica actual de la casa. Sí contradecía la idea de que el nombre había sido inventado después.

—Mi abuela decía que por esa puerta entraban las mujeres con los cestos —contó Nora—. Yo no quiero cambiar el pasado a mi gusto. Quiero que dejen de borrarlas de las cartelas.

Teresa buscó en los registros accesibles de otras bibliotecas una copia de la misma edición. Halló un ejemplar digitalizado con el índice completo y las páginas 31 y 32 fotografiadas. La edición podía compararse sin depender del relato de Basilio. En la página 31 se describía el acceso común desde la plaza; en la 32 figuraba una relación de inmuebles que comenzaba por el Pasaje de la Higuera. La lámina II, colocada a continuación, lo dibujaba como una calle estrecha.

No imprimió aquellas páginas para hacerlas pasar por originales. Las guardó como material comparativo, identificado con su procedencia. El atlas del taller conservaba el corte y la lámina

añadida. El otro ejemplar permitía leer el texto que allí faltaba. Las dos clases de evidencia se reforzaban sin confundirse.

Cuando Basilio recibió el informe, llegó más temprano de lo acordado.

—Esto no cambia la historia de la casa —dijo, sin sentarse.

—Cambia la historia que puede contarse a partir de su libro.

—Mi familia la compró legalmente.

—No he investigado esa compra. He investigado la secuencia material de esta edición.

Basilio miró el mapa y, por primera vez, admitió algo concreto: había pedido al restaurador que colocara delante una lámina más limpia para la exposición. La lámina VI, explicó, provenía de una tirada posterior en la que el pasaje ya no aparecía como vía pública. Creyó que así el recorrido de los visitantes sería más sencillo. Después reconoció el motivo menos cómodo:

—La cartela dice que esa casa empezó con mi familia. Si aparece el pasaje, alguien preguntará por la sociedad de lavanderas. No quería que la exposición empezara con una pregunta que yo no sé responder.

Teresa no le atribuyó por eso la hoja recortada: no tenía prueba de quién la había quitado. Pero Basilio acababa de reconocer que la ausencia de la calle le había servido para ocultar la procedencia que contradecía su cartela.

La omisión del pasaje ya no podía presentarse como una verdad del atlas original. Otro ejemplar de la misma edición sí la registraba, y el libro intervenido ya no conservaba su orden.

—Puede exhibirlo —dijo Teresa—. Bastaría con indicar que tiene una lámina trasladada, una hoja ausente y una restauración posterior. La gente sabrá qué está viendo.

Basilio no discutió más. Se llevó el volumen con la tapa estabilizada y una copia del diagnóstico. Teresa conservó el registro del trabajo y entregó a Nora, con autorización para compartir el informe descriptivo, una reproducción comparativa: a la izquierda, la página ausente de la otra biblioteca; a la derecha, la fotografía de la costura y la lámina desplazada. Cada modificación aparecía señalada; ninguna línea se ocultaba debajo de una corrección bonita.

La exposición abrió dos semanas después. La cartela del coleccionista todavía hablaba de una «calle discutida», pero ya no afirmaba que jamás hubiera existido. Nora preparó para la asociación una lámina en la que se veían los dos mapas con sus fechas y los límites de la prueba. Bajo ellos puso la fotografía de las lavanderas en el pasaje.

Teresa acudió el último día. Había visitantes que pasaban de largo ante la imagen de la costura. Otros se detenían a seguir con el dedo el hueco entre la página 30 y la 33.

Una niña preguntó por qué la página importante era precisamente la que habían quitado.

—Porque las páginas también tienen vecinos —le contestó Teresa—. Y a veces quienes quedan pueden decirnos dónde estaba la que falta.

No recuperó el papel perdido ni restituyó una propiedad a nadie. Consiguió algo menos espectacular y más difícil de deshacer: que la ausencia dejara de utilizarse como prueba de que nunca había habido nada allí.